



A1277

26/10/2001 CONFERENCIA SOBRE *TRANSICIÓN Y CONSOLIDACIÓN DEMOCRÁTICAS*, ORGANIZADA POR LA FUNDACIÓN PARA LAS RELACIONES INTERNACIONALES Y EL DIÁLOGO EXTERIOR Y LA FUNDACIÓN GORBACHOV

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA CONFERENCIA

Madrid, 26-10-2001

Señor Presidente, queridos amigos,

Me alegro mucho de estar aquí, me alegro mucho de participar en esta Conferencia, quiero felicitar a los organizadores y me alegro mucho, además, de estar entre tantos buenos amigos.

Quiero decirles que, sabiendo que vivimos en unos momentos absolutamente apasionantes de los cuales mi buen amigo Fernando Henrique Cardoso, Presidente de Brasil, ha expuesto algunas inquietudes y algunos deseos, a mí me gustaría concentrarme por mi parte en lo que significa el título más estricto de esta Conferencia, en cuanto a la transición y las consolidaciones democráticas.

Algunos de ustedes, en lo que he tenido oportunidad de escuchar, han hecho referencia a la transición española. Es verdad que la transición española es fruto de un esfuerzo colectivo, es para nosotros algo asociado a un esfuerzo colectivo, a un esfuerzo armónico, coronado por el éxito; pero tengo que decirles que, afortunadamente, es algo que pertenece al pasado, porque hoy en España prácticamente no se habla ya de transición, de la transición española, de nuestra transición. Cuando algún visitante nos felicita por lo meritorio de la misma o por el éxito de la misma, lo vemos incluso con una cierta sensación de anacronismo. A nosotros nos parece que hace mucho tiempo España vive instalada en la normalidad democrática e, incluso, en quien nos recuerda nuestra transformación vemos que tal vez esté no necesariamente del todo al día de la situación de nuestro país.

Lo que quiero decir no debe entenderse como que la transformación realizada en España fue fácil y sin esfuerzos, todo lo contrario. Hubo esfuerzos y hubo esfuerzos extraordinarios; pero lo esencial, a mi juicio y en mi opinión, es entender que la sensación de proceso natural que nos ha dejado es debida a la trascendental importancia que tuvo en nuestra transición, y yo creo que en toda transición tiene, la maduración de la sociedad en su conjunto.

Es verdad que no existen recetas exportables en las transiciones, pero no lo es menos que de la igualdad sustancial de todos los seres humanos se pueden extraer fenómenos que, como el español, pueden tener lecciones históricas de alguna validez y de algún interés.

Una de ellas para mí es el desarrollo del tejido económico y jurídico de una sociedad, que es clave para su transición a la democracia, y ello en un doble sentido: por un lado, por la propia y obvia necesidad de subvenir a las necesidades vitales de la sociedad en un momento de tránsito político, reduciendo así sufrimientos y tensiones; por otro, porque el papel vertebrador de una sociedad civil es crucial para la construcción de una democracia firme. Y, naturalmente, el elemento fundamental de esa sociedad civil vigorosa tiene que ser la solidez y la viabilidad de su sistema jurídico.

Pues bien, si tomamos por ejemplo --me permitirán nuestros amigos-- transiciones en los países del Centro y el Este de Europa, yo quiero decir que son transiciones doblemente meritorias, porque han tenido que construir a un tiempo el tejido político democrático, una nueva cultura del Derecho y una nueva raíz económica que diese sustento al proyecto de una nueva sociedad democrática.

Quisiera hacer aquí una muy breve digresión que creo ilustrativa frente al fuerte vínculo que une los aspectos políticos y económicos de la democratización. Yo creo que, para entender, por ejemplo, conflictos como el de los Balcanes, es imprescindible tener presente que las poblaciones de esos países se vieron privadas durante varias generaciones de la posibilidad de conducir sus vidas a su manera y en base a su iniciativa individual. Creo que es necesario no olvidar que un Estado totalitario les privó de buena parte, si se me permite decirlo así, de sus biografías personales y que el cúmulo de esas biografías personales, individuales, es, justamente, lo que resulta ser el motor esencial de la Historia.

Por eso, cuando con incredulidad hemos visto reproducir, en algunos de esos territorios tan sufridos, fenómenos que nos eran comunes a países y a Estados en Europa en los años 30, era necesario entender y comprender que la brutalidad de ese totalitarismo había congelado el desarrollo vital de esas sociedades y que habían permanecido larvados, casi intactos, los problemas propios de aquellos convulsos tiempos y de los años 30.

Yo creo que el proceso por el cual, y permítanme poner este ejemplo, un padre con el trabajo de sus manos consigue ahorrar el dinero suficiente para que un hijo comience un negocio y sus nietos ser enviados a estudiar a la Universidad es la fuerza de arrastre de todas las transiciones. Permitirle que lo haga yo creo que es la más básica de todas las actuaciones que un hombre político, un hombre de Gobierno o un hombre de Estado puede tener a la hora de impulsar una transición, porque yo creo que el papel fundamental de ese dirigente político en las transformaciones históricas es saber correctamente interpretarlas, darse cuenta de lo que pasa, dar el protagonismo a la sociedad y, naturalmente, procurar estar en todo caso a la altura de los tiempos y de las circunstancias.

Yo creo que ésa es la grandeza de los líderes en los caminos hacia la democracia: la de romper cadenas que ataban a sus pueblos y la de encarnar destinos y objetivos que deben ser movilizados para sus países y para sus sociedades.

El caso, lo quiero decir así, del Rey de España es paradigmático y todos los españoles, como recordaba el Presidente Cardoso, nos sentimos profundamente orgullosos de su histórica tarea como motor del cambio. Quiero recordar que en aquellos momentos de la transición española se hizo popular otra frase de otro de los actores claves de la misma, Adolfo Suárez, el cual se refirió con una frase muy sencilla a lo que pretendía: "hagamos normal a nivel oficial lo que a nivel de calle es ya simplemente normal".

Esa frase reunía perfectamente la realidad de las aspiraciones de la mayoría de los españoles en aquellos tiempos; pero luego no hay que olvidar que hay que organizarlo y no hay que olvidar, por ejemplo, que en las primeras elecciones democráticas en España, el año 1977, al elector español se le presentaron más de trescientas ofertas políticas, más de trescientos partidos, que reclamaban su confianza y su voto. Y más vale no pensar lo que hubiese ocurrido si a los españoles se les hubiese ocurrido hacer un reparto equitativo de votos entre las trescientas opciones. Probablemente, la operación hubiese sido imposible.

Afortunadamente, no fue así y el elector español, el votante español, como ha venido haciendo con asiduidad, optó por fórmulas sensatas, mandó mensajes políticos de sentido común, y se impuso en el país y se impuso en todos una voluntad de diálogo y de respeto al que piensa diferente. Se consiguió un clima de concertación entre las fuerzas políticas y sociales que dio lugar a los Pactos de La Moncloa; es decir, se permitió establecer las bases institucionales, políticas, económicas, para que el país funcionara, y se enmarcó en algo que me parece esencial en una transición y en el ejercicio normal de lo que significa el juego institucional en nuestras democracias: el escrupuloso respeto a las reglas del juego que no puede saltarse bajo ninguna excusa.

Hubo un tiempo en que algunos regímenes pretextaban que era necesario sacrificar las libertades que se denominaban formales, entre comillas, en pos de una lucha por supuestos derechos sociales o derechos colectivos. Yo creo que la Historia ha demostrado que eso fue un sonoro error, error práctico y error conceptual, porque, desde un punto de vista conceptual, se eludía el principal problema de una comunidad política, que no es otro sino el de decidir quien está investido de la autoridad para tomar las decisiones de Gobierno.

Pues bien, yo creo que el respeto escrupuloso a las normas, a las reglas del juego, es clave en toda democracia y para que sea efectivo no es menos importante una clara jerarquía de valores y --utilizaré esta expresión-- una firme intransigencia frente a los intolerantes. Todo cabe dentro de las normas de convivencia y todo cabe dentro de las sociedades democráticas, excepto la negación del derecho del otro a ser protegido por dichos normas. Por eso utilizo la expresión de "intransigencia" frente a los intolerantes porque, al final, es la supervivencia de la propia sociedad y de la propia democracia la que está en riesgo.

Yo creo que éste es un aspecto primordial de una política de consolidación democrática. Cuando un pueblo busca de forma armónica esa convivencia, es necesaria toda la generosidad posible para dar cabida a sensibilidades, a ideologías, a grupos, etc., etc. Como he dicho, ésta es una de las ideas políticas que pactaron la Constitución del nuevo régimen político español.

Sabemos bien que en todo proyecto político también es imprescindible una dosis de flexibilidad. Nadie puede exigir que sus puntos de vista se impongan al cien por cien, nadie puede exigir que sus intereses se impongan ante los de otros ciudadanos. Que esto sea de sentido común no lleva, necesariamente, a que su plasmación sea real de forma automática. Yo creo que el peor enemigo de toda fórmula de transición a la democracia es, evidentemente, aquel que no quiere la democracia y que no hay más radical enemigo de la democracia que el fanático, para quien en su horizonte no aparece el respeto a quien piensa de forma diferente y respeta sus creencias.

Ya sabemos bien, y lo sabemos también los españoles, por experiencia, por desgraciada experiencia, que en los casos más patológicos el fanático es capaz de llegar al punto de asesinar al que no encaja en su proyecto político, para tratar de imponer, por vía del terrorismo, por vía de la exclusión, aquel proyecto político que, en el fondo, estaba inalcanzable, tanto por la razón, como por la fuerza, porque sencillamente carece de ambas.

Quiero felicitarles por la excelente declaración contra el terrorismo se ha aprobado al comienzo de esta Conferencia y que comparto plenamente. Quiero decir también que el hecho histórico de que el terrorismo no haya ganado jamás batalla alguna en la Historia no es consuelo suficiente para las sociedades que ven como sus ciudadanos que quieren ser libres caen inmolados por esa barbarie.

Afortunadamente, y ésta es una de las consecuencias también del 11 de septiembre, las transiciones democráticas del futuro contarán cada vez más con el apoyo de la Comunidad Internacional para neutralizar a elementos de esta especie, nuestro mayor peligro; pero quiero recordar que España no tuvo siempre esos apoyos en la medida que los merecía.

Quiero decirles, para ir concluyendo, que creo que existen otros riesgos de diferente naturaleza, pero que también deben ser evitados, y quiero hablar muy brevemente de ello. Me refiero a los problemas derivados de la corrupción y sus efectos, también en los sistemas democráticos y en las transiciones.

Yo creo que la falta de tradiciones recientes de control legal de la actividad pública que, o bien no habían insistido en el pasado de una sociedad dada, o bien habían sido desterrados por los sistemas totalitarios, hace posible con frecuencia que, en períodos de grandes cambios, jóvenes democracias se vean impotentes para hacer frente a actividades clandestinas de quienes usan los resquicios del poder, o tal vez el poder mismo, o se prevalen de aparatos de justicia aún no suficientemente desarrollados en su propio provecho.

Esto es así; pero quiero añadir que uno de los elementos y de las lecciones de la realidad moderna actual es la colusión terrible entre el terrorismo, el narcotráfico, la criminalidad organizada y la ruptura de cualquier tipo de normas y de reglas de actuación en conflictos que habíamos conocido hasta el presente momento.

También yo creo que frente a la corrupción la única solución posible es la aplicación de la Ley. Creo que la aplicación de la Ley, aliada al paso del tiempo y también a las decisiones de aligerar intervencionismos estatales, que personalmente aconsejo, ayudan en esta lucha.

Si se conservan las estructuras democráticas, si no se cesa en la defensa de las libertades, si el gobernante devuelve poder a los ciudadanos en un marco de claras reglas del juego, iguales para todos, también se puede ganar esa batalla de debilidad democrática, que es la penetración de elementos de corrupción y de crimen en las sociedades en este momento.

Pues bien, yo creo, señor presidente, queridos amigos, que, si volvemos la vista atrás tan sólo hace una quincena de años, el avance de la democracia en el mundo nos parece increíble.

Hemos hablado de la Europa Central y del Este; pero no quiero dejar de citar, ni a nadie le extrañará, espero, a toda Iberoamérica, donde se han dejado atrás tentaciones totalitarias, donde se han dejado atrás las dictaduras, donde se han puesto en marcha nuevas formas de convivencia, donde se sabe que la libertad se tiene que ganar día a día, que la democracia --y, cuando se olvida, se recuerda terrible y trágicamente-- exige estar permanentemente en alerta para su defensa. Quiero decir que España contempla, y se sabe, con extraordinaria esperanza y con una apuesta estratégica, definitiva, todos los procesos políticos y de modernización económica abiertos en Iberoamérica.

Sabemos también que ninguna transición es el paso a una Arcadia feliz de la que desaparecen todos los problemas. Tenemos muchos problemas; pero, sin duda, la conquista de la democracia es la conquista de una forma de convivir; de la única forma civilizada de dar el poder y de retirar el poder; de vida en común que no solamente impone la ley de la mayoría, sino que respeta el parecer de las minorías; de la libertad del individuo, de la libertad de las personas y de la igualdad de todos ante la Ley.

Y hoy aquí, en Madrid, en esta Conferencia de consolidación y transición de la democracia, la democracia sigue siendo el mejor objetivo, el mayor impulso y el mayor anhelo que tenemos que tener todos aquellos que creemos en ella y estamos dispuestos a defenderla.

Me alegro mucho de que estén aquí y muchas gracias por su atención.